

herido en una mano; los montañeses Bourbotte, Peyssard y Gastón gritan victoria; pero resuena el paso de carga en la sala exterior; llega un refuerzo considerable, cae sobre los insurgentes, los rechaza, los acuchilla, los persigue á bayonetazos, y al fin huyen todos, oprímense en las puertas ó escalan las tribunas y saltan por las ventanas. El salón queda al fin despejado: era media noche.

Libre al fin la Convención de los agresores que han llevado la violencia y la muerte á su seno, necesita algunos instantes para reponerse, hasta que al fin se restablece la calma. «¡Es cierto, pues, exclama un diputado, que esta Asamblea, cuna de la república, ha estado una vez más á punto de ser su tumba! Felizmente, el crimen de los conspiradores se ha frustrado de nuevo; pero, representánte, no seríais dignos de la nación si no la vengáseis de una manera ruidosa.» Se aplaude por todas partes, y así como el 12 germinal, empléase la noche para castigar los atentados del día; pero hechos de distinta gravedad exigen medidas mucho más severas. La primera diligencia es anular los decretos propuestos y expedidos por los revoltosos. «Anular no es la palabra, contestan á Legendre, que había hecho esta proposición. La Convención no ha votado; no ha podido votar mientras se asesinaba á uno de sus individuos. Todo cuanto se ha hecho no es de ella, sino de los bandidos que la oprimían y de algunos representantes culpables que se hicieron sus cómplices.» En su consecuencia se declara todo lo hecho como no ocurrido, y los secretarios queman las minutas de los decretos impuestos por los revoltosos. Búscase después con la vista á los diputados que tomaron la palabra durante aquella sesión terrible, muéstranlos con el dedo, y se les interpela violentamente. «Ya no hay, exclama Thibaudeau, ninguna esperanza de conciliación entre nosotros y una minoría facciosa. Puesto que se ha desvainado el acero, es preciso combatirla y aprovechar las circunstancias á fin de consolidar para siempre la paz y la seguridad en el seno de esta Asamblea. Pido que decretéis en el acto la prisión de esos diputados que, faltando á todos sus deberes, han querido satisfacer los deseos del motín traduciéndolos en leyes. Pido que los comités propongan acto continuo las medidas más severas contra esos mandatarios infieles á su patria y á sus juramentos.» Pronunciadas estas palabras, comienzan á designarlos: Rhul, Romme y Duroi son los que han pedido silencio para abrir la deliberación; Albitte es el que ha hecho nombrar la mesa; Goujón y Duquesnoy los que pidieron la suspensión de los comités y la formación de una comisión extraordinaria de cuatro individuos; Bourbotte y Prieur de la Marne los que han aceptado, con Duroi y Duquesnoy, formar parte de esta comisión; Soubrany es el que los rebeldes han elegido para comandante del ejército parisiense; y Peyssard quien ha gritado victoria durante la acción; Duroi y Goujón quieren hablar, pero se les impide; trátanlos de asesinos, decretase su prisión en el acto, y se pide que no puedan escaparse como los más de los acusados del 12 germinal. El presidente da la orden para que los gendarmes los conduzcan á la barra. Después se busca á Romme, que tarda en dejarse ver; Bourdon le señala con el dedo y le llevan también á la barra con sus colegas.

Las venganzas no paran aquí: se quiere castigar á

todos los montañeses que se han señalado por misiones extraordinarias en los departamentos. «Pido, grita una voz, el arresto de Lecarpentier, verdugo de la Mancha... —De Pinet mayor, grita otra voz, verdugo de los habitantes de Vizcaya... —De Borie, exclama un tercero, devastador del Mediodía, y de Fayau, uno de los exterminadores de la Vendée.» Estas proposiciones son decretadas á los gritos de: ¡Viva la Convención! ¡Viva la república! «Dejémonos de medidas á medias, dice Tallián. El objeto del movimiento de hoy era restablecer los jacobinos, y sobre todo el Ayuntamiento; es preciso aniquilar lo que aún resta; se debe reducir á prisión á Pache y Bouchotte; pero esto no es más que el preludio de las medidas que el comité os propondrá. ¡Venganza, venganza, ciudadanos; venganza contra los asesinos de sus colegas y de la representación nacional! Aprovechémonos de la torpeza de esos hombres que se creen iguales á los que derribaron el trono, tratando de rivalizar con ellos; de esos hombres que quieren hacer revoluciones y no saben más que provocar motines. Utilicémoslos de su torpeza, apresurémonos á herirles, poniendo así un término á la revolución.» Se aplauden estas palabras, y adóptase la proposición de Tallián. En aquel arrebato de la venganza, algunas voces denuncian á Roberto Lindet, á quien sus virtudes y servicios habían protegido hasta entonces contra los furros de la reacción. Lehardí pide la prisión de *este monstruo*; pero elevanse tantas voces contrarias para elogiar la dulzura de Lindet, recordando que ha salvado ayuntamientos y provincias enteras, que se adopta la orden del día. Después de tomar estas medidas, ordénase de nuevo el desarme de los terroristas y se decreta que el quinto día próximo de la década (domingo 24 de mayo) se reunirán las secciones para proceder en el acto al *desarme de los asesinos, de los bebedores de sangre, de los ladrones y de los agentes de la tiranía que precedió al 9 termidor*, y hasta se les autoriza á detener cuantos se crea que deben presentarse á los tribunales. Resuélvese al mismo tiempo que hasta nueva orden no sean admitidas ya las mujeres en las tribunas. Eran las tres de la madrugada; y habiendo anunciado los comités que todo está tranquilo en París, se suspende la sesión hasta las diez de la mañana.

Tal fué el motín del 1.º pradiel: ningún día de la revolución había presentado tan terrible espectáculo: si el 31 de mayo y el 9 termidor se asestaron los cañones contra la Convención, no se invadió sin embargo el lugar de las sesiones, ni se ensangrentó por la lucha ni silbaron en él las balas, manchándose por el asesinato de un representante del pueblo. Los revolucionarios habían obrado esta vez con la torpeza y violencia de un partido derrotado hacía largo tiempo, sin cómplices en el gobierno de que estaba excluido, privado de sus jefes, y dirigido por hombres oscuros, comprometidos y desesperados. Sin saber servirse de la Montaña, ni advertirla siquiera del movimiento, expusieron al cadalso á diputados íntegros, extraños á los excesos del terror, afectos á los patriotas por temor á la reacción, y que no tomaron la palabra sino para impedir mayores desgracias, apresurando la realización de algunos deseos que tenían también.

Sin embargo, viendo los revoltosos la suerte que les esperaba á todos, y acostumbrados por otra parte á las

luchas revolucionarias, no eran hombres para dispersarse tan pronto. Reunieron al otro día en el Ayuntamiento, declarándose en insurrección permanente, y trataron de convocar á su alrededor á las secciones que les eran fieles; pero pensando que la Casa de la Ciudad no era un buen punto, aunque se hallase situada entre el barrio del Temple y la Cité, prefirieron establecer el centro de la insurrección en el arrabal de San Antonio. Trasladáronse en medio del día y se dispusieron á renovar la tentativa de la vispera. Esta vez trataron de proceder con más orden y mesura: destacaron desde luego tres batallones perfectamente armados y organizados, que eran los de las secciones de los Trescientos, de Montreuil y de Popincourt, compuestos de obreros robustos, dirigidos por jefes intrépidos. Estos batallones avanzaron solos, sin el auxilio del pueblo que les acompañaba la vispera; encontraron secciones fieles á la Convención, aunque sin fuerzas para detenerlos, y fueron á situarse por la tarde con sus cañones delante del Palacio Nacional. En el mismo momento, las dos secciones Lepelletier, la Butte-des-Moulins y otras se formaron enfrente para proteger la Convención; pero si el combate se empeñaba, era dudoso, atendido el estado de cosas, que alcanzasen la victoria los defensores de la representación nacional. Para mayor desgracia, los artilleros, que en todas las secciones eran trabajadores y ardientes revolucionarios, abandonaron á los que se hallaban delante del palacio, yendo á incorporarse con sus piezas á sus compañeros de Popincourt, de Montreuil y de los Trescientos. Oyóse el grito: *¡A las armas!*, cargáronse los fusiles por una y otra parte, y pareció inminente un combate sangriento. El sordo rumor producido al rodar los cañones resonó hasta en la Asamblea; y muchos diputados se levantaron para hablar. «Representantes, exclama Legendre, la Naturaleza nos ha condenado á todos á muerte; ¡poco importa que sea un poco antes ó un poco después! Los buenos ciudadanos están dispuestos á defenderos, y entretanto, lo mejor es guardar silencio.» Toda la Asamblea ocupó sus puestos, mostrando esa calma imponente que había desplegado el 9 termidor, y tantas otras veces, en el curso de sus borrascosas sesiones. Entretanto las dos fuerzas opuestas estaban frente á frente en la actitud más amenazadora; pero antes de llegar á las manos, algunos individuos gritaron que era horrible que los buenos ciudadanos se matasen entre sí, y que por lo menos debían explicarse y tratar de entenderse. Varios individuos de los comités, que se hallaban presentes, introdujéronse en los batallones de las secciones enemigas para dirigirles la palabra; y viendo que se podía obtener mucho por los medios conciliadores, enviaron á buscar á la Asamblea doce representantes para que viniesen á fraternizar. La Asamblea, que veía como una debilidad este paso, hallábase poco dispuesta á consentir; pero como se le dijese que sus comités lo creían útil para impedir la efusión de sangre, salieron los doce diputados y se presentaron á las tres secciones. Bien pronto se rompieron filas por una parte y otra, confundiendo entre sí: el hombre de poca cultura y de clase inferior es siempre sensible á las demostraciones amistosas de aquel que por su traje, su decir y sus maneras es superior. Los soldados de los tres batallones enemigos se conmovieron, declarando que no querían verter la san-

gre de sus conciudadanos, ni faltar á las consideraciones debidas á la Convención Nacional; pero los jefes insistieron en que se oyera su petición. El general Dubois, comandante de la caballería de las secciones, y los doce representantes enviados para fraternizar, consintieron en introducir en la barra á una diputación de los tres batallones.

Presentáronla, en efecto, y pidieron la palabra para los peticionarios. Algunos diputados quisieron rehusársela, mas al fin se les concedió. «Tenemos el encargo de pedirlos, dijo el orador, la Constitución del 93 y la libertad de los patriotas.» Al oír estas palabras, los de las tribunas comenzaron á silbar y á gritar: «¡Fuera los jacobinos!» El presidente impuso silencio á los interruptores, y continuando el orador, dijo que los ciudadanos reunidos ante la Convención estaban dispuestos á retirarse al seno de sus familias, pero que morirían más bien que abandonar su puesto si no eran escuchadas las reclamaciones del pueblo.

El presidente contestó con firmeza á los peticionarios que la Convención acababa de expedir un decreto sobre las subsistencias, y que iba á leerse. Leyóse, en efecto, añadiendo después que examinaría sus proposiciones, juzgando en su conciencia lo que debía resolver. Dicho esto, ofrecióles los honores de la sesión.

Entretanto, las tres secciones enemigas continuaban mezcladas: dijoseles que los peticionarios acababan de ser recibidos, que se examinarían sus proposiciones, y que era preciso esperar la resolución de la Convención. Eran las once; los tres batallones veíanse rodeados por la inmensa mayoría de los habitantes de la capital, y siendo la hora muy avanzada, sobre todo para los obreros, tomaron el partido de retirarse á sus arrabales.

Esta segunda tentativa no había producido, pues, mejor resultado para los patriotas; mas no dejaron por eso de seguir reunidos en los barrios, conservando su actitud hostil, y sin desistir de las demandas hechas. En la mañana del 3 la Convención expidió ya varios decretos reclamados por las circunstancias, y para comunicar más unidad y energía al empleo de los medios, confió la dirección de la fuerza armada á tres representantes, Gillet, Aubry y Delmás, autorizándoles para recurrir á la viva fuerza á fin de asegurar la tranquilidad pública; impuso el castigo de seis meses de cárcel á todo aquel que tocara el tambor sin orden legal, y de muerte á quien tocara generala sin estar autorizado por los representantes del pueblo. Se ordenó además la formación de una comisión militar para juzgar y proceder en el acto á la ejecución de todos los prisioneros hechos á los rebeldes durante la jornada del 1.º pradiel. Convirtió en decreto de acusación el de prisión expedido contra Duquesnoy, Duroi, Bourbotte, Prieur de la Marne, Romme, Soubrany, Goujón, Albitte mayor, Peyssard, Lecarpentier de la Mancha, Pinet mayor, Borie y Fayau, tomando la misma resolución respecto á los diputados detenidos los días 12 y 16 germinal, y previniendo á sus comités que presentasen un informe sobre el tribunal que debía juzgar á unos y otros.

Los tres representantes se apresuraron á reunir en París las tropas diseminadas en los alrededores para proteger la llegada de granos; dispusieron que permaneciesen sobre las armas las secciones fieles á la Convención, y rodeáronse de los numerosos jóvenes que



no se habían separado de los comités durante el motín.

La comisión militar comenzó á funcionar el mismo día: el primer individuo á quien juzgó fué el asesino de Feraud, detenido la víspera; condenóle á muerte, y dispuso su ejecución para la tarde del mismo día 3. Condióse, en efecto, al condenado al cadalso; pero los patriotas estaban ya advertidos: algunos de los más determinados se reunieron alrededor del lugar del suplicio, cayeron sobre el cadalso, dispersaron á la gendarmería y llevaron al condenado, conduciéndole al arrabal. En la misma noche llamaron á todos los patriotas que se hallaban en París, se dispusieron á fortificarse en el arrabal de San Antonio, y asestaron sus cañones contra la plaza de la Bastilla, esperando así las consecuencias de aquel acto audaz.

Tan pronto como la Convención tuvo conocimiento del hecho, decretó que se intimase al arrabal de San Antonio la entrega del condenado, de las armas y de los cañones, y que en caso de negativa se procediese al bombardeo. En aquel instante, en efecto, las fuerzas reunidas permitían á la Convención usar un lenguaje más imperioso. Los tres representantes habían conseguido reunir tres ó cuatro mil hombres de tropas de línea; contaban con más de veinte mil de las secciones armadas, á quienes el temor á los terroristas infundía mucha bravura, y, por último, con la fiel tropa de jóvenes. Acto continuo se confió al general Menou el mando de estas fuerzas reunidas, y preparáronse á marchar contra el arrabal. Aquel mismo día, 4 pradiar (23 mayo), mientras los representantes avanzaban, la juventud dorada quiso hacer una valentía, y adelantóse la primera hacia el arrabal de San Antonio. Unos mil ó mil doscientos individuos componían aquella tropa temeraria; los patriotas les dejaron adelantarse sin oponer resistencia, pero luego los envolvieron por todas partes. Poco después aquellos jóvenes vieron tras sí los temibles batallones del arrabal, y en las ventanas una multitud de mujeres irritadas, dispuestas á lanzar sobre ellos una nube de piedras, lo cual les hizo creer que iban á pagar cara su imprudente valentía. Felizmente para los jóvenes, acercábase la fuerza armada, y por otra parte, los habitantes del arrabal no querían matarlos; de modo que les dejaron salir después de castigar á varios de ellos.

El general Menou, avanzando entonces con veinte mil hombres, mandó ocupar todas las salidas del arrabal, y sobre todo las que comunicaban con las secciones patriotas. Hizo disparar los cañones é intimó la rendición. Se presentó una diputación á recibir su *ultimatum*, que consistía en exigir la entrega de armas y del asesino de Feraud. Los fabricantes y vecinos pacíficos y ricos del arrabal temieron un bombardeo, y se apresuraron á usar de su influencia con el pueblo, decidiendo al fin á las tres secciones á entregar sus armas. En efecto, las de Popincourt, de los Trescientos y de Montreuil presentaron sus cañones y prometieron buscar al reo, que había sido transportado. El general Menou volvió triunfante con los cañones del arrabal, desde cuyo momento la Convención nada tuvo que temer del partido patriota. Humillado para siempre, sólo figura en adelante para sufrir venganzas.

Inmediatamente principió la comisión militar á juzgar á todos los prisioneros de que habían podido apoderarse, y condenó á muerte á los gendarmes que se

habían unido con los rebeldes y á los jornaleros, comerciantes é individuos de las juntas revolucionarias cogidos *in fraganti* el 1.º pradiar. En todas las secciones se dió principio al desarme de los patriotas y á la prisión de los individuos más marcados; y como no bastaba un día para esta operación, se acordó que fuesen permanentes las secciones para que la continuasen.

Mas no era sólo en París donde se ponía á prueba la desesperación de los patriotas, sino también en el Mediodía por acontecimientos no menos tristes. Ya dijimos cómo se habían refugiado en Tolón en número de siete á ocho mil hombres, cómo cercaron varias veces á los representantes, les arrancaron los presos acusados como emigrados y procuraron seducir á los trabajadores del arsenal, á la guarnición y á la tripulación de los navíos. La escuadra se preparaba para darse á la vela, mas ellos querían estorbárselo; las tripulaciones que habían llegado de Brest, reunidas á la división de Tolón para la expedición que se intentaba, les eran enteramente contrarias, pero podían contar con la marina perteneciente al puerto de Tolón. Eligieron para sus movimientos las mismas épocas que los patriotas de París con corta diferencia, y se acusaba de oculto director de aquella gente al representante Charbonnier, que había pedido licencia. Se amotinaron el 23 floreal (14 de mayo), se dirigieron al ayuntamiento de Soules, se apoderaron de quince emigrados que estaban presos, y volvieron triunfantes á Tolón, consintiendo, sin embargo, en entregarlos á los representantes. Pero al siguiente día se sublevaron de nuevo, alborotaron á los trabajadores del arsenal, se apoderaron de las armas que en él había, y acudieron al representante Brunel para que mandase poner en libertad á los patriotas. Llegó el representante Niön que estaba en la escuadra; pero la sedición había triunfado. Viéronse ambos representantes obligados á firmar la orden de libertad de los patriotas, por lo cual Brunel, desesperado de haber cedido, se suicidó de un pistoletazo y Niön se refugió á la escuadra. Los alborotadores pensaron entonces en dirigirse á Marsella para sublevar, según decían, todo el Mediodía; pero los representantes comisionados en este punto colocaron una compañía de artillería en el camino y tomaron las precauciones suficientes á impedir la ejecución de sus proyectos. El 1.º pradiar se habían apoderado de Tolón, sin poder á la verdad extenderse más, y procuraban ganarse la marinería de la escuadra, parte de la cual resistía, mientras los restantes, que eran marinos provenzales, estaban al parecer resueltos á unirse con ellos.

Dióse cuenta de estos sucesos á la Convención el 8 pradiar, y no podían menos de excitar nuevo furor contra los montañeses y patriotas. Se dijo que los acontecimientos de Tolón y París se daban la mano; acusaron á los diputados montañeses de ser sus ocultos promovedores, y se irritaron nuevamente contra ellos. Ordenóse inmediatamente prender á Charbonnier, Escudier, Ricord y Salicetti, acusados los cuatro de sublevadores del Mediodía. Los diputados acusados en 1.º pradiar, cuyos jueces no se habían aún elegido, se vieron expuestos á mayor severidad. Sin consideración alguna á su carácter de representantes del pueblo, les entregaron á la comisión militar encargada de juzgar á los autores y cómplices de la insurrección del 1.º pradiar. Sólo se

exceptuó al anciano Rhul cuya cordura y virtudes atestiguaron muchos individuos; pero remitieron al tribunal de Eure-y-Loira al ex corregidor de París Pache, á su yerno Audouin, al antiguo ministro Bouchotte, á sus compañeros Daubigny y Hassenfratz, y finalmente á los tres agentes principales de la policía de Robespierre, Herón, Marchand y Clemence. Parecía que la deportación pronunciada contra Billaud, Collot y Barrere había adquirido fuerza de cosa juzgada, pero no era así. En aquellos terribles días se halló demasiado suave su castigo, y se decidió que era preciso juzgarlos de nuevo enviándoles ante el tribunal del Charenta-Inferior, para hacerles sufrir la muerte preparada á todos los corifeos revolucionarios. Hasta entonces parecía haberse perdonado á los individuos que quedaban de los antiguos comités, pues los relevantes servicios de Carnot, Roberto Lindet y Prieur de la Cote d'Or les habían defendido contra sus enemigos. Los tres fueron acusados con frenético empeño por el girondino Enrique Larivière. Roberto Lindet, aunque defendido por muchos individuos que conocían su mérito y sus servicios, fué no obstante sentenciado á prisión. «Carnot ha organizado la victoria», exclamaron infinitas voces, y los furiosos reaccionarios no se atrevieron á sentenciar al vencedor de la liga. De Prieur de la Cote d'Or nada se dijo. Se arrestó á todos los individuos del antiguo comité de seguridad general que no lo estaban todavía, siéndolo también con Jagot, Elias Lacoste, Lavicomterie, Dubarrán, Bernardo de Saintes, y David, á quien habían absuelto por admiración de su genio. Sólo se exceptuó á Luis del Bajo Rhin, cuya humanidad era muy conocida, y por último se pidió inmediatamente el informe mandado presentar contra todos los que habían desempeñado comisiones, y eran llamados los procónsules. Se empezó á proceder contra Artigoyte, Mallarmé, Javoques, Sergent, Monestier, Lejeune, Allard, Lacoste y Baudot, preparándose á pasar revista sucesivamente á todos aquellos á quienes se había dado alguna comisión. De modo que no se perdonaba á ninguno de los jefes de aquel gobierno que había salvado la Francia; y sufrían la ley común, tanto los individuos de las comisiones, como los diputados encargados. Sólo se perdonaba á Carnot, que por el aprecio en que le tenían los ejércitos, se guardaba con él esta consideración; pero se encausaba á Lindet, ciudadano no menos útil y más generoso, á quien no protegían sus victorias de la cobardía de los reaccionarios.

Ciertamente que no eran necesarios tales sacrificios para satisfacer á los manes del joven Feraud; bastaban las patéticas honras tributadas á su memoria. La Convención decretó para él una sesión fúnebre; revistióse el salón de luto, y todos los representantes asistieron vestidos de riguroso duelo. Una música dulce y lúgubre inauguró la sesión: Louvet pronunció después el elogio del joven representante, tan generoso, tan intrépido y tan pronto arrebatado á su país; votóse un monumento para inmortalizar su heroísmo, y se aprovechó la ocasión para ordenar una fiesta conmemorativa en honor de los girondinos. Nada era más justo: víctimas tan ilustres, aunque hubieran comprometido á su país, merecían tributos; pero bastaba echar algunas flores sobre sus tumbas, no se necesitaba sangre. Sin embargo, se vertió á torrentes, pues ningún partido sabe ser juicioso

en su venganza, ni aun aquel que toma la humanidad por divisa. Parecía, en efecto, que no contenta con sus pérdidas, la Convención quería agregar otras. Los diputados acusados, conducidos desde luego al castillo del Toro para impedir toda tentativa en su favor, fueron trasladados á París, y su proceso se instruyó con la mayor actividad. El anciano Rhul, único á quien se había exceptuado en el decreto acusador, no admitió esta gracia; creía perdida la libertad, y se dió muerte de una puñalada. Conmovidos por tantas escenas fúnebres, Louvet, Legendre y Frerón pidieron se enviara á sus jueces naturales á los diputados encausados ante la comisión; pero Rouvere, antiguo terrorista, convertido en realista fogoso, y Bourdón de l'Oise, implacable como un hombre que ha tenido miedo, defendieron el decreto, consiguiendo que se mantuviese.

Los diputados comparecieron ante la comisión el 29 pradiar (18 de junio); mas á pesar de las más minuciosas investigaciones, no se había descubierto hecho alguno que probase su connivencia secreta con los revoltosos. Era, en efecto, difícil hallar nada, puesto que ignoraban el movimiento, y ni aun se conocían unos á otros; sólo Bourbotte conocía á Goujón por haberle visto como comisionado en los ejércitos. Lo único que se pudo probar fué que, realizado el motín, quisieron legalizar alguno de los deseos del pueblo. Fueron, no obstante, condenados, porque la comisión militar, á quien un gobierno envía acusados de importancia, no sabe devolvérselos absueltos. Sólo se perdonó á Forestier, á quien se agregó á los condenados, aunque no hizo proposición alguna durante la famosa sesión. Peysard, que sólo lanzó un grito en el momento de la lucha, fué condenado á destierro; Romme, Goujón, Duquesnoy, Duroi, Bourbotte y Soubrany, á muerte. Romme era un hombre sencillo y austero; Goujón, joven, apuesto y dotado de grandes cualidades; Bourbotte, tan joven como Goujón, unía á un raro valor la educación más esmerada; Soubrany era un antiguo noble, sinceramente adicto á la causa de la revolución. Cuando se les leyó la sentencia entregaron al escribano cartas, pliegos y retratos para sus familias, y después los tuvieron en una sala particular antes de conducirlos al cadalso. Habíanse prometido no llegar á él, y sólo conservaban un cuchillo y un par de tijeras que ocultaron entre los pliegues de su ropa. Al bajar la escalera, Romme se hiere el primero, y temiendo errar el golpe, se hunde varias veces el cuchillo en el corazón, en el cuello y en el rostro, entregando el arma á Goujón, que con segura mano se infiere una herida mortal y cae sin vida. De las manos de Goujón, el arma libertadora pasa á las de Duquesnoy, Bourbotte y Soubrany, pero desgraciadamente estos tres últimos no consiguen herirse mortalmente y son conducidos al cadalso ensangrentados. Soubrany, ahogado casi en su sangre, conservaba, á pesar de sus dolores, la calma y el altivo continente que siempre se observó en él. Duroi estaba desesperado por no haber podido darse muerte. «¡Gozaos en nuestro triunfo, exclamaba, señores realistas!» Bourbotte, conservando toda la serenidad de la juventud, hablaba con imperturbable tranquilidad al pueblo; en el momento en que iba á recibir el golpe fatal, reconocióse que la cuchilla no había subido; fué preciso arreglar el instrumento, y aprovechó el intervalo para proferir aún